

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

20



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1979

SENTIDO DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE

Lic. PATRICIA BASAVE DE MEDINA
Profesora de la Escuela de Letras
Universidad Regiomontana

(Estudio presentado en el Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid).

INTRODUCCIÓN

RESULTA POCO MENOS que infinito el número de estudios y comentarios que se han escrito hasta ahora sobre *El Quijote*, hasta tal grado que difícilmente otro libro —con excepción de la *Biblia*— ha tenido tantos críticos e investigadores. Literatos, juristas, filósofos, historiadores, psicólogos... hombres de toda índole, en fin, han encontrado en esta obra cervantina riquísima inspiración y han aportado estudios de muy diversa tónica y calidad. Esta enorme atracción ejercida es incuestionable y perfectamente comprensible, tratándose —como se trata— de páginas que se encuentran entre lo más humano y genial de todos los tiempos.

Sin embargo, hay cuestiones que sí cabría plantearse quien se acerque al Quijote con ánimos de añadir un comentario más al ya inmenso caudal de críticas cervantinas. En primer lugar, el tan debatido tema de la intencionalidad de Cervantes. Es decir, ¿pretendía el gran Manco de Lepanto crear una obra sin mayor trascendencia —una mera parodia o burla que sirviese de esparcimiento y diversión, y desterrase al mismo tiempo los libros de caballerías—, ajeno por completo a todos los simbolismos e interpretaciones trascendentalistas que se le han atribuido? ¿O por el contrario, aunque no completamente consciente de su alcance, quiso dar al Quijote un trascendentalismo esencial (llámese éste filosófico, sociológico, literario, etc.), un sentido más profundo? Sea cual fuere la respuesta —personalmente me

inclino por la segunda—, lo verdaderamente importante no es la intencionalidad o el grado de conciencia del autor, sino el resultado final, su obra como tal. Y desde este punto de vista creo que vale la pena intentar penetrar en su vasto interior, cuyos alcances van mucho más lejos de la simple diversión o de la crítica de un género literario. Por otra parte habría que formularse otras preguntas: ¿No resulta ocioso el intento?, ¿es todavía posible aportar algo inédito, fresco, personal? Aquí la respuesta es igualmente tranquilizadora y anima a acometer la empresa. Porque las grandes obras maestras como el Quijote son una síntesis maravillosa de todo lo humano, y como tales, su riqueza, su profundidad, su actualidad, son inexhaustibles. De modo que las posibilidades de interpretación se ofrecen prácticamente inagotables, y siempre habrá algo nuevo, importante o interesante que agregar sobre ellas.

Con el aliento de estas verdades, he abordado el tema de este trabajo: “El sentido de la muerte de Don Quijote”. Tema de esencial importancia y universalidad, ya que encierra en sí el sentido último del inmortal personaje y de la problemática de la obra y el autor. La finalidad es, pues, reflexionar y realizar un breve análisis sobre ese hecho de máxima trascendencia en la obra de D. Miguel de Cervantes: la muerte de Don Quijote, y a la luz de ella contemplar su vida y su inmortalidad.

El plan adoptado es el siguiente: I. La muerte de Don Quijote. Se estudiará en primer lugar la oportunidad o inoportunidad del momento y el modo de morir, desde dos ángulos: literario y extra-literario. Luego se enfocará la “doble” muerte del personaje; es decir, la actitud de Don Quijote y la de Alonso Quijano. II. Vocación y destino final de don Quijote. Partiendo de la muerte como situación-límite y definitiva, se verá la vocación del Caballero de la Mancha desde los dos aspectos considerados como su *leit-motiv*: fe y trascendencia, los cuales pueden ayudar a comprender la locura quijotesca. III. Sentido locura-cordura. Enlazando con la “doble” muerte y con el proyecto vocacional de Don Quijote, se lanzará una mirada retrospectiva a su vida, para observar la personalísima antinomia que la caracteriza: Don Quijote loco-cuerdo o cuerdo-loco, tratando de arrojar luz sobre la clase de locura que le aquejaba. Después se llegará al momento decisivo de tal antinomia: la muerte, planteando con ella la recuperación del buen juicio en una nueva dimensión de cordura y el sentido que ésta da a la vida toda y a su proyecto meta-vital.

NOTA METODOLÓGICA. Para facilitar la metodología del trabajo, al citar textos de *Don Quijote de la Mancha* no se emplearán notas a pie de página, sino que se hará constar únicamente la parte, el capítulo y la pá-

gina de donde se obtuvo la cita, considerando que la edición empleada es la que aparece en la Bibliografía.

I. LA MUERTE DE DON QUIJOTE

1) Oportunidad del momento y el modo.

Al analizar *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* desde un punto de vista puramente literario, la muerte del personaje central resulta un episodio más, el último, de la obra. Dentro del todo argumental cabe plantearse su coherencia y eficacia como desenlace después de un clímax; la derrota de Don Quijote por el Caballero de la Blanca Luna. Teniendo en cuenta estos aspectos, la muerte —en su posición de parte final— puede considerarse oportuna, en cuanto que distiende y resuelve el clímax antes mencionado, cerrando la obra en sí misma.

Por lo que respecta al género del libro, el momento y el modo de morir podrían ser juzgados inoportunos por lo insólito e impropio (muerte tranquila, no en combate sino en su propio lecho, y pero aún, abominando de la caballería andante). Pero no hay que olvidar que se trata de una parodia del género caballeresco, al cual intenta ridiculizar y poner en desuso. De modo que considerando su finalidad hay que admitir la oportunidad —o más aún, la necesidad— del desenlace.

Por otro lado, si se atiende a la actitud del autor en relación con el Quijote de Avellaneda, el juicio es también positivo. Es decir, la presión ejercida por la aparición de la obra apócrifa no sólo apresuró a Cervantes a terminar la suya, sino a considerar imprescindible hacer morir a su Don Quijote al fin de ella:

“... en ella te doy a don Quijote dilatado, y, finalmente, muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios...”
(II, Prólogo al Lector, p. 538).

Hasta aquí los aspectos de mayor relevancia literaria. Desde esta perspectiva resultan también válidos la causa y el desarrollo de la muerte del Caballero de la Mancha, sin que exista conflicto con el punto de vista naturalista. Sin embargo, hay algo más que determina su momento y modo de morir, algo que no pudo haber sido del todo ajeno a la intencionalidad de Cervantes. Se trata del ángulo extra-literario, que podría denominarse ideológico. Habría

múltiples aspectos que considerar, pero resumiendo es posible advertir dos actitudes básicas al valorar la oportunidad o inoportunidad de la muerte *del Quijote*. Respecto a la *problemática* que encierra, en relación con el conjunto de la obra, el lector puede tenerla por inoportuna, sosteniendo que su autor deliberadamente "maltrata" al personaje, haciéndolo morir en un mal momento (después de la derrota —que no es sino una burla más—, cuando se encuentra desengañado, triste, rebajado), o incluso puede rebelarse contra el hecho mismo, no resignándose a ver morir al héroe. También podría encontrarse la inoportunidad en el modo como éste muere (cuerdo, abominando de la caballería andante y arrepintiéndose de su locura). Sin embargo, desde una perspectiva más profunda, tanto el momento como el modo de la muerte de Don Quijote se presentan no sólo oportunos sino cruciales e indispensables para el logro del personaje y de la obra. El porqué se verá después, a lo largo del trabajo. Por ahora, solamente hay que afirmar los siguientes principios, que sostienen que la muerte del Caballero manchego (su causa, su tiempo, su lugar, su modo) es la única lógica y oportuna:

- *Don Quijote no podía morir loco en alguno de sus combates.*
- *Don Quijote no podía morir en su locura tras haber sido vencido.*
- *Don Quijote no podía seguir viviendo loco después de su derrota.*
- *Don Quijote no podía seguir viviendo una vez recuperada la cordura.*

2) Actitud de Don Quijote y actitud de Alonso Quijano.

En el Capítulo LXXIV, último de la Segunda Parte, nos encontramos con dos muertes, o mejor todavía, con una conversión —la de Don Quijote en Alonso Quijano— y con una muerte —la de Alonso Quijano—. Conviene examinar, pues, las dos actitudes finales.

Aunque resultaría sumamente interesante, no se va a entrar aquí en el terreno filosófico, ya que un análisis de la metafísica de la muerte excede el propósito de este breve estudio.

La muerte es la última situación-límite con que se enfrenta el ser humano, y por su carácter único e intransferible la que da la medida de su vida. De esta manera, nos hallamos ante un Don Quijote consciente de que está a punto de morir y de lo que esto significa. Su estado de ánimo no podía ser más desconsolador: melancólico, triste, retraído, su actitud es en cierto modo la de una silenciosa desesperación. Nunca se le había sentido más solitario, más desamparado e impotente. Cervantes no nos dice qué es lo que está sucediendo en el interior de Don Quijote y éste guarda también un

profundo silencio; sólo sabemos que a pesar del fuerte temporal anímico, no pierde el control de sí mismo. Pero este primer sosiego es intranquilizador. Entonces, casi milagrosamente, después de pedir que lo dejen solo y de dormir "de un tirón" más de seis horas, se cura; es decir, recupera totalmente la razón. Durante este misterioso sueño se realiza la última fase de una conversión no menos misteriosa: la transformación de Don Quijote en Alonso Quijano. Al despertar, Don Quijote ha desaparecido para siempre, ha vuelto a ser lo que era, lo que en realidad siempre fue: Alonso Quijano el Bueno.

Ahora nos encontramos con una nueva actitud ante la muerte cada vez más próxima. Lo primero que hace el hidalgo es bendecir a Dios por su infinita misericordia, proclamándolo causa de su "curación". Enseguida abomina de los libros de caballerías y reconoce su locura, arrepintiéndose de ella. La previa actitud de desánimo y pesadumbre se ha desvanecido con Don Quijote; la enorme, insoslayable soledad de la muerte —único momento que es imposible compartir con el prójimo— va abriéndose a la resignación. Pero queda todavía en Alonso Quijano una leve desazón: la clara conciencia de no poder rectificar lo que su vida tuvo de desvarío infecundo:

"... y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa..." (II, Cap. LXXIV, p. 1063).

Sin embargo, hay algo que sí le es dado al hidalgo —como a todo ser humano—: revalorar con su manera única, personalísima y libre de morir lo que su trayectoria vital tuvo de positivo:

"Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; quería hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad con mi muerte." (II, Cap. LXXIV, p. 1063.)

A la luz de la muerte — que configurará definitivamente su vida con una fijeza inmutable, sin posibilidad de opciones o adiciones ulteriores—, el tiempo adquiere carácter de urgencia:

"Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances no se ha de burlar el hombre con el alma..." (II, Cap. LXXIV, p. 1064.)

Quiere Alonso Quijano imponer orden exterior, arreglando su testamento, previendo generosamente por los que deja; y principalmente interior, ocupándose de la salvación de su alma. Quiere también pedir perdón a sus amigos y a todos aquellos —incluido el autor del falso Quijote— a los que dio ocasión de disparatar con su locura. Quiere, en fin, cambiar la imagen que dejó y ser absuelto de ella.

Con todo, la calma ha vuelto. La melancolía y el desabrimiento dejan paso ya a la actitud abierta, serena, no exenta de una íntima alegría:

“Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno.” (II, Cap. LXXIV, pp. 1063-4.)

Es aquí donde la actitud de Don Quijote y la de Alonso Quijano convergen para confirmar con la “doble” muerte la máxima verdad de su vida: su bondad, sus buenas obras:

“... en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.” (II, Cap. LXXIV, p. 1065.)

Muere, pues, Alonso Quijano el Bueno. Muere en paz consigo mismo, con los demás, con Dios. Muere con serenidad, con alta dignidad humana, en una actitud no agónica, en el sentido de que no hay lucha ni aferramiento a la vida, sino total aceptación de su muerte y su destino.

II. VOCACIÓN Y DESTINO FINAL DE DON QUIJOTE

1) Profesión de fe.

De entre todas las virtudes quijotescas —magnanimidad, justicia, discreción, espíritu de sacrificio, delicadeza, valentía...— destaca, por su luminosidad especial, la fe. Porque si algo no se puede negar acerca de Don Quijote es su actitud de gran creyente, tanto en el plano humano como en el divino.

Cree primeramente en sí mismo, en la verdad de los libros de caballerías y de su vocación de caballero andante; en su misión de implantar en el mundo los ideales del bien, la verdad, la belleza, la justicia, la libertad... Cree en el prójimo y en la vida, porque proyecta en ambos su propia fidelidad. Fer-

vientemente cree en su dama Dulcinea del Toboso, y por hacer que los demás compartan y proclamen esta fe, está dispuesto a sufrir las más difíciles aventuras, los sacrificios más dolorosos.

Como se verá más adelante, la locura del Caballero manchego surge de su fe radical y absoluta en su propia razón, la cual acaba por convertirse en sinrazón. Se trata de un vehemente y sincero “querer creer” que le hace superar el más terrible de todos los temores humanos, el temor al ridículo, y que justifica y explica —generalmente mediante los encantamientos de que se considera víctima— las “transmutaciones” de una realidad no aceptada como tal. Esto es lo que infunde en él confianza y tranquilidad de conciencia:

“Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado...” (I, Cap. XLIX, p. 492).

No obstante, esa confianza y certidumbre *resienten* en algunas ocasiones la duda, puesto que aún siendo enorme, su fe no deja de ser humana y como tal, vulnerable. Pero habría que preguntarle si Don Quijote cree porque está loco o está loco por querer creer. En efecto, esta voluntad y profesión de fe —una fe viva, actuante y hasta contagiosa—, es lo que eleva al héroe a una dimensión superior, lo que salva su locura. Porque su intención pura y vigorosa autoconvicción absuelven en cierto modo los desafueros que comete en nombre de su “misión”.

Con todo, lo que realmente salva a Don Quijote es su fe religiosa. Sin esta virtud teologal, quizás lo hubiera perdido irremediamente su excesiva fe humana. Y es que no hay duda de que el Caballero de la Mancha cree en Dios, de que cree en Él con una fe que busca manifestarse en obras. Siente un especial *llamado* a luchar en Sus filas, como los caballeros santos; y a pesar de un cierto egotismo y arrogancia ingenua en el cumplimiento de lo que para él es una vocación única, personalísima, inaplazable, nunca encontramos un Don Quijote incrédulo de Dios, del alma y de la salvación

Por eso su fe divina lo conduce a creer también en la muerte, en la buena muerte, a la que nunca teme:

“... el peor de todos (los sucesos) es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir.” (II, Cap. XXIV, p. 718).

2) Búsqueda de trascendencia.

¿Cuál es la finalidad última de la vocación de Don Quijote?, ¿qué espera alcanzar el esforzado caballero tras luchar y sacrificarse por sus ideales?,

¿cuál es la raíz y el término de su locura? Todas estas cuestiones pueden resolverse con un común denominador: trascendencia.

¿Y qué es esa trascendencia? ¿Acaso renombre, fama, gloria? Sí, a Don Quijote le importa forjarse una imagen en la mente de los hombres:

“... y dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? (II, Cap. II, p. 555.)

Pero ante todo, es fiel a sí mismo, a su proyecto vocacional, a su destino último. Busca la fama de su obra y de su nombre en cuanto ésta sea capaz de proporcionarle un antídoto contra lo accidental y efímero. Quiere permanecer de algún modo, perdurar en la memoria de los demás, perpetuarse en su influencia. No hay más que ver dos de los aspectos más estudiados en su influencia. No hay más que ver dos de los aspectos más estudiados y comentados de la obra: por un lado, la interpretación de Dulcinea como la gloria, la trascendencia, la inmortalidad; y por otro, la “quijotización” de Sancho Panza. Temas apasionantes éstos y necesarios para la cabal comprensión de la obra cervantina, que si se dejan a un lado en el presente trabajo no es sino por lo limitado de su carácter. Pero no huelga mencionar aquí que en el aspecto de trascendencia, dentro del plano humano, Don Quijote se perpetúa en su fiel escudero. Con sólo observar la trayectoria del buen Sancho al lado de su amo puede percibirse una emocionante y bellísima transformación, que culmina ante el lecho de muerte de Don Quijote, cuando ya cuerdo éste, su escudero se encuentra contagiado de su locura.

Sin embargo, buen cristiano al fin, nuestro Caballero no se deja engañar por el brillo seductor de la gloria humana:

“... que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado.” (II, Cap. VIII, p. 594.)

He aquí, pues, que en medio de su locura, no pierde de vista la verdadera trascendencia. He aquí que, radical incorregible, aspira a lo absoluto, a la

gloria inacabable, a la perfección y la felicidad infinitas; en una palabra, a Dios. Y es por esto que muere como muere.

III. SENTIDO LOCURA-CORDURA

1) Su vida.

Para comprender en toda su profundidad el sentido de la muerte de Don Quijote —su conversión, su arrepentimiento, su actitud última—, es necesario considerar la más compleja característica de su personalidad: la antinomia locura-cordura. Y para lograr penetrar, a su vez, en el significado de esta aparente contradicción, hay que tender una rápida mirada retrospectiva a la extraña y personalísima locura que animó la vida del Caballero de la Mancha. Sólo entonces podrá valorarse su modo de “vivir” su propia muerte y el sentido que ésta adquiere.

Es obvio que la controvertible locura que perturba a Don Quijote cae fuera de lo común, más allá de explicaciones e interpretaciones fáciles o simplistas. No es necesario tener amplios conocimientos psicológicos, ni aplicar las técnicas psicoanalíticas más en boga, para darse cuenta de que el desvarío quijotesco resulta —aún dentro de la anormalidad misma— “especialmente” anormal. Resumiendo y simplificando, puede decirse que Don Quijote piensa o razona como cuerdo pero obra o actúa como loco; que operan para él diversos y complejos planos de realidad-subrealidad, irrealidad-idealidad; que la imaginación y la razón se entrecruzan sutilmente en su captación del mundo de realidades y apariencias, ser y parecer. Mucho más adecuada que los términos psicólogos tan usados actualmente (“psicótico”, “esquizofrénico”, “paranoico” y otros más complicados todavía) me parece la definición de uno de los personajes de la misma obra que estudiamos: “Un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos” le llama Don Lorenzo Miranda después de sondear su personalidad. (II, Cap. XVIII, p. 666). Es decir, Don Quijote no es un simple chiflado, ni un mentecato, ni un demente, sino una extraña mezcla de razón y desvarío.

Su locura es motivada por un exceso de lecturas caballerescas y —habría que añadir— de ocio y soledad. Sin embargo, el cambio de hidalgo cuerdo a caballero loco hace suponer una cierta “propensión”, tal vez la que tenemos todos los seres considerados “normales”. Esto es, en el ánimo apacible y equilibrado de Alonso Quijano debía de anidar ya una previa actitud de desadaptación, de disconformidad con su época —a la que como Don Quijote llamará “depravada” y “de hierro”—, y un íntimo deseo de reforma. Con

los escasos rasgos que Cervantes insinúa, cabe formarse la imagen de un hombre medio: ni rico ni pobre, ni joven ni viejo, ni de la alta nobleza ni del vulgo. . . Alonso Quijano no se vuelve loco de la noche a la mañana; de modo que sin pretender dar interpretaciones psicoanalíticas, que no llevan a ningún lado en el análisis literario, es posible percibir que en este hidalgo mediano existía ya latente, en potencia, el extraordinario Don Quijote. Hay pues, un íntimo desacuerdo entre él y su tiempo: o Don Quijote se vuelve loco porque hay demasiada cordura a su alrededor o viceversa, él es el más cuerdo en un mundo de locura. Todo es cuestión de perspectivas.

Así, absorto en sus libros de caballerías, imbuido en su espíritu, "se le secó el cerebro" para la realidad que lo rodeaba, floreciendo en él las fantasías caballerescas que admiraba y forjando un mundo imaginario propio. Pero no le basta pensarlo, quiere vivirlo, ya que en él el deber-ser de un ideal se convierte en deber-hacer, en monomanía. Sintiendo un imperativo llamamiento a resucitar la antigua caballería andante, y con ella un mundo ya ido, se lanza al mundo a cumplirla buscando aventuras y "desfaciendo tuertos". En este sentido, la locura de Don Quijote es un anacronismo: nostalgia de los "siglos dorados". Anacrónicos resultan el atuendo, el lenguaje, las maneras, los ideales del Caballero de la Triste Figura; de ahí que quien no lo llegue a tratar lo juzgue, sin mayores consideraciones, de necio y loco más o menos divertido.

Pero las cosas son mucho más complejas. No puede decirse, sin más, que Don Quijote es un contumaz idealista, porque en él hay también un gran realista, si bien su realidad es esencialmente espiritualista. El conjugarse de dos mundos distintos y aparentemente contrapuestos —cordura y locura con todas las actitudes que presuponen— convierte a Don Quijote en un continuó y desconcertante contrapunto, que no es otro que el de la dialéctica de la situación humana: racionalismo-irracionalismo, realidad-fantasía, realismo-idealismo. . . Oyéndolo discurrir con sutileza, claridad, discreción y finísima inteligencia, se le tenía por el mayor de los cuerdos, pero viéndolo actuar no podía sino ser juzgado loco rematado. Razón contrapuesta y unida a sinrazón, sorprendente lucidez tanto en el desvarío como en el buen juicio. Pero no disociación de la personalidad, porque Don Quijote loco-cuerdo o cuerdo-loco es siempre uno y el mismo.

¿Qué clase de locura es ésta? ¿Cuál es la clave de su amalgama razón-sin-razón? ¿Qué es lo que sucedía en el interior del Caballero?, es decir, ¿qué creía y sentía realmente?, o más bien, ¿no se engañaba a sí mismo? He aquí manifiesta la genialidad de Miguel de Cervantes-creador de personajes, y uno de los mayores enigmas que encierra su obra, enigma que tal vez ni

Cervantes mismo llegó a descifrar. Porque el autor da vida propia a su criatura y es Don Quijote quien, más allá de cualquier estereotipo literario, irá dejando entrever su mente y su espíritu, en donde se desarrolla el complejo problema del relativismo de todas las realidades y verdades humanas. Sobre éstas levanta su fe. Una fe desmedida en su propia razón —Don Quijote es un gran razonante— que termina en locura por exceso de cordura.

Tendrá que suscitarse un hecho drástico para que se inicie en Don Quijote el doloroso proceso de resolución de su antinomia vital de loco-cuerdo. Tal hecho no es otro que su triste derrota, no exenta de heroísmo. Tras numerosas y generalmente desventuradas aventuras, es vencido. Vencimiento físico más no espiritual, ya que con su último aliento proclama su verdad y reafirma su ideal, encarnado en su dama:

"Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra." (II, Cap. LXIV, p. 102.)

Sobreviene de este modo el derrumbamiento paulatino de su mundo. Conmueve verlo tan abatido, desengañado, pero reconociendo y aceptando su destino y dispuesto a ser fiel a su palabra de caballero:

"Atrévime, en fin; hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra." (II, Cap. LXVI, p. 1019.)

Don Quijote ya no puede decir: "Yo me valgo solo", y desde el momento de su derrota se convierte de hombre de acción en hombre de meditación. La ilusión pastoril es fugaz, casi un mero pretexto que no colma su abatido espíritu, porque la melancolía y la pesadumbre le consumen, haciéndole desear la muerte. Y ésta no se hace esperar mucho.

2) Su muerte.

Si la mayoría de los pasajes del Quijote suscitan posiciones interpretativas muy diversas, desde las más lógicas y sencillas hasta las más retorcidas y descabelladas, cuanto más su capítulo final, en tanto que la muerte del héroe representa la culminación y el sentido último del personaje central y de la problemática total de la obra. No es la intención de este trabajo presentar todas las posibles interpretaciones, ni mucho menos estudiarlas. Pero conviene

esbozar las líneas más destacadas de algunas de las actitudes fundamentales, para después dar la visión personal que ha venido transparentándose a lo largo de los puntos anteriores.

Así, simplificando las cosas al máximo, se distinguirán tres actitudes fundamentales ante el hecho irreversible que representa la muerte de Don Quijote: Indiferencia, pesimismo y optimismo. La primera sería la del espectador que no toma posición, que se mantiene ajeno, sin conmoverse, considerando la muerte como un episodio más de la obra, carente de significación o valor especial. Esa actitud adoptarían los que juzgan el Quijote como una mera sátira contra los libros de caballerías, o como una novela de mérito literario pero sin mayor relevancia extra-literaria. Las otras dos actitudes, pesimista y optimista, coinciden únicamente en atribuir a la muerte del Caballero de la Mancha un valor relevante y perentorio. Entre los pesimistas habría muy diversos grados: Desde los derrotistas románticos que se sienten desengañados y casi traicionados, porque cifraban todo en la locura del héroe, hasta los agnósticos que consideran trágica y aún absurda la muerte de Don Quijote, al creer que su renuncia lleva a la desesperanza y al vacío totales. Algunos de los que adoptan la actitud pesimista (sea a nivel nacional: decadencia de España y lo español, o universal: filosofía del hombre) llegan incluso a rebelarse contra Cervantes, juzgando la muerte de su personaje como un mero esguince ideológico, un remordimiento religioso de última hora, o un final sarcasmo del autor. Por otro lado, los optimistas sostendrían que no acaba todo con la muerte de Don Quijote, ya que ésta se abre a la esperanza. Aquí podría observarse un punto de vista meramente humanista —la resignada y serena cordura ante la muerte como la máxima sabiduría, la qui jotización de Sancho como la apertura de un nuevo ciclo, etc.— y otro punto de vista cristiano —arrepentimiento, sentido de renuncia, predominio de la bondad y sometimiento a la voluntad divina que llevarían a la salvación y felicidad eternas.

¿A qué conclusión puede llegarse? Ya sostuve en el punto I.-1, que la muerte de Don Quijote es la única lógica para él y que le sobreviene en el momento y del modo oportuno, tanto desde la perspectiva literaria como la ideológica. Hay que añadir ahora que esa oportunidad estriba en la coherencia entre su vida y su muerte. Mucho se ha empleado la fórmula "vivió loco y murió cuerdo", pero me parece que habría que puntualizar que en su vida fue un loco-cuerdo y que en su muerte se abre a una nueva y más profunda cordura.

No cabe duda de que para el lector que siguió a Don Quijote en sus aventuras y que le llegó a conocer y amar en su locura, su muerte está

hinchida de emocionada tristeza, de ternura melancólica. Es como si se viera morir a un buen amigo y no a un mero personaje novelesco.

Pero sentimentalismos aparte, hay que reconocer que si bien existe un dejo de tristeza y desasosiego en su muerte, las cosas no podían haber sido de otro modo. Si Don Quijote hubiese muerto en alguno de sus desaforados combates, se habrían traspasado los límites de lo humorístico y lo bello, sin alcanzar el héroe la talla que alcanza. Menos aún podía morir tras su derrota, pues entonces su locura no llegaría a esa nueva y elevada dimensión, y por tanto su vida resultaría disparatada hasta el absurdo y su muerte sin sentido. Tampoco era posible dejarle seguir viviendo loco, porque vencido e inactivo, su figura y sus ideales descenderían de modo lamentable, siendo cruel el dejarle desesperarse en su locura. Por otro lado, sería igualmente triste y quizás más desesperanzador el verlo vivo y cuerdo, ya que Don Quijote como tal estaría muerto en vida. En un palabra, era indispensable para la eficacia estética y el logro ideológico que Cervantes le diera —probablemente de una manera inconsciente pero presentida— la muerte que le dio. Es decir, como obra de arte —unidad indisoluble de fondo y forma—, resulta intocable; por tanto sin esa solución ante el problema final, el Quijote no sería el Quijote. Ni Cervantes sería Cervantes, porque al mismo tiempo que resuelve un problema artístico, plasma el autor para la posteridad su profunda bondad, su actitud religiosa, y tal vez también su propia muerte, anticipada en su personaje.

Bajo la luz de estas consideraciones, la derrota y la muerte del gran Caballero manchego se nos presentan como necesarias. Su morir suave, sereno, sin rictus amargo, ilumina su vida con un valor nuevo. Ciertamente que es conducido ahí por el desengaño y la melancolía, pero también que lo acepta con resignación y espíritu abierto. El doloroso proceso de que hablaba antes se resuelve sosegadamente ante la muerte. Don Quijote vuelve a ser Alonso Quijano, recupera el juicio como quien despierta de un sueño —de ahí el tantas veces apuntado paralelismo con "La Vida es un Sueño"—: Vive soñando despierto y es la muerte la que le trae el verdadero despertar.

Se arrepiente sinceramente de su locura, que en el fondo no era sino un exceso, por lo desmedido de los medios empleados, que no por el fin perseguido. Lo que Don Quijote perseguía, luchando incansablemente, era bueno en sí mismo, pero el camino seguido era objetable porque se guiaba por un voluntarismo extremo, por un exacerbado individualismo que no reconocía más ley o medida que la de su propia conciencia, sujeta sólo a Dios, llegando a asumir en muchas ocasiones las "prerrogativas" divinas.

Con todo, aún en el momento de su muerte, la locura quijotesca no deja de parecernos heroica, fascinante, casi sublime. De modo inevitable, sin embargo, surge la inquietante cuestión: ¿qué logró con ella?, ¿no fue completamente infecunda, aún dentro de su belleza? Es entonces cuando la renuncia final a su locura, supera ésta, dándole un nuevo sentido. No se trata de una vuelta a la medianía o de un acto desesperado y estéril, porque Don Quijote no desdice con su muerte los ideales ni las virtudes que animaron su vida caballeresca —los cuales traslucían a Alonso Quijano—, antes bien, los encumbra.

No es que la visión de la muerte produzca un cambio radical, una ruptura, es nada más una revaloración. Basta seguir su trayectoria vital para comprender que hasta en sus más desahogados arranques de locura, Don Quijote es un hombre profunda, auténticamente bondadoso y religioso. Y en el último momento, prevalece su bondad, sus buenas obras no se pierden.

Es precisamente su eticismo y su religiosidad esenciales lo que opera en él el cambio trascendental: volver a ser Alonso Quijano EL BUENO. Se trata, entonces, de una nueva cordura, muy superior a la que encontramos en el Alonso Quijano del principio de la obra. Es la cordura absoluta que sólo concede la buena muerte. Cordura que podría entenderse también como la última y divina locura: la renuncia de la locura egocéntrica, humana, para entregarse confiadamente en la Locura Teocéntrica.

BIBLIOGRAFÍA

- BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, Agustín, *Filosofía del Quijote*, México, Ed. Espasa Calpe Mexicana, 2a. ed., 1968. (Colección Austral núm. 1289).
- Metafísica de la Muerte*, México, Ed. Jus, 1973.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición de D. Martín de Riquer, Barcelona, ed., Juventud, 1968.
- FERNÁNDEZ FIGUEROA, Juan, *Tres Ensayos Quijotescos*, Madrid, Ed. Índice, 1957.
- FERNÁNDEZ SUÁREZ, Álvaro, *Los Mitos del Quijote*, Madrid, Ed. Aguilar, 1953.

HACIA UNA TEORÍA DE LA EXPRESIÓN LITERARIA

Lic. PEDRO A. RODRÍGUEZ
UNAM

HABLAR DE UNA TEORÍA de la Expresión Literaria es caer en una ambición excesiva. Porque ello supone, desde luego, el acercarse a lo que ES el Fenómeno Literario, como realización. Nuestra tarea es más simple, si se quiere pero no por ello menos fructífera. Lo que nos proponemos analizar es uno de los elementos, el más importante, de la literatura imaginativa (DICH-TUNG,) aquél que se ha dado en llamar su materia y que no es otra cosa que el *lenguaje*. Elemento éste, que se nos convierte no sólo en vehículo de la expresión, sino en la expresión misma.

Pero ¿qué es el lenguaje? ¿Será acaso aquello en donde las sílabas se articulan en verdaderas impresiones acústicas percibidas por el oído? ¿Es —para decirlo con De Saussure— el sonido el que hace al lenguaje? ¹ No. El lenguaje es eso y mucho más. El lenguaje es un todo, una unidad compleja fisiológica y mental. O, para decirlo más claramente, una unidad que presenta dos caras: una MATERIAL y otra INMATERIAL. Esta unidad compleja tiene por único objeto la *Comunicación*. Pero ¿qué es lo que comunica y de quién comunica el lenguaje? Decía, y no sin razón, Hölderlin "...y se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje, para que con él cree y destruya, se hunda y regrese a la eternamente viva, a la maestra y madre, para que muestre lo que es, que ha heredado y aprendido de ella lo que tiene de más divino, el amor que todo lo alcanza".²

¹ SAUSSURE, Ferdinand de, *Curso de Lingüística General*, 3a. ed., Edit. Losada, Buenos Aires, 1959, p. 50.

² HEIDEGGER, Martín, *Arte y Poesía*, 1a. ed., Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 101.